

El Berlín de Ayala

DIETER INGENSCHAY

Universidad Humboldt de Berlín
dieter.ingenschay@rz.hu-berlin.de

Recibido: 18 de enero de 2009
Aceptado: 21 de febrero de 2009

RESUMEN

¿Qué significaba Berlín –“extraña ciudad”– para un joven español al final de la República de Weimar, durante los años locos de los *roaring twenties*, cuando Ayala se fue a estudiar derecho? ¿Cómo vivió en aquel entonces la experiencia de una cultura tan diferente de la suya? Provisto de cartas de recomendación, Ayala fue aceptado en el ámbito universitario berlinés. Allí fue donde conoció a Etelvina Silva Vargas, su primera mujer, trabó amistad con el romanista alemán Walter Pabst y vió y vivió el acoso del nazismo. Después de la Guerra, volvió un par de veces a Alemania, pero una sola vez a Berlín. Todo esto se nos cuenta en algunos episodios de sus *Recuerdos y olvidos* (“Mi Berlín”, “La universidad alemana”, “Me asomo a la Alemania nazi”). Además, el Berlín de los años veinte se presenta como el telón de fondo y el lugar exótico de dos curiosos cuentos suyos (“Erika ante el invierno” y “San Silvestre”).

El artículo pone de manifiesto las huellas que la experiencia berlinesa dejó en la vida y la obra del autor granadino llegando a la conclusión que la estancia en Berlín fue para Ayala mucho más que un episodio efímero.

Palabras clave: Francisco Ayala, Berlín años 1920, Acoso del nazismo, Españoles en Berlín, Kurfürstendamm, Cafés literarios en Berlín, E. Gamillscheg, W. Pabst

Ayala's Berlin

ABSTRACT

What did Berlin –“strange city”– mean to a young Spaniard at the end of the Weimar years, during the roaring twenties, when Ayala went there to study Law? How did he experience a culture that differed so much from his own at that time? Provided with letters of recommendation, he was accepted in Berlin academic circles where he met Etelvina Silva Vargas,

his first wife, became friends with the German scholar Walter Pabst, and finally witnessed the rise of Nazism. Once the war was finished, he returned a number of times to Germany, but to Berlin he just returned once. The author acquaints the reader with this and other episodes in some of the chapters of his *Recuerdos y olvidos* (“Mi Berlín”, “La universidad alemana”, “Me asomo a la Alemania nazi”). Moreover, the Berlin of the 1920s is the exotic setting of two of very remarkable stories by Ayala (“Erika ante el invierno” and “San Silvestre”).

This article shows how Ayala's stay in Berlin meant much more than just a fleeting episode, but rather left important traces in both the life and the work of the Granadian author.

Palabras clave: Francisco Ayala, Berlin in the 1920s, Rise of Nazism, Spaniards in Berlin, Kurfürstendamm, Literary cafés in Berlin, E. Gamillscheg, W. Pabst

1. Ayala y el Berlín de Weimar

Una foto borrosa en blanco y negro muestra a una mujer de unos treinta años, vestida con un abrigo largo y una bufanda clara. El sombrero, estilo años 1920, no cubre su pelo corto. Tiene las manos unidas y del codo pende una bolsa. Está sola en el andén poco acogedor de una estación. Detrás, un tren en marcha, y detrás del tren, la silueta de un edificio berlinés estilo tardío siglo XIX. La foto se tomó en 1933. La mujer es la española Rosa Chacel, quien pasó medio año en la capital alemana junto a Rafael Alberti y a María Teresa León. Allí dictó, en la Universidad Friedrich-Wilhelm (hoy Universidad Humboldt), una charla sobre «Particularidades de la crisis de la novela en España». No sabemos si la ponente, muy buena amiga de Francisco Ayala, lo mencionó en esta charla berlinesa. Lo que sí se sabe es que Chacel y Ayala no coincidieron en Berlín, aunque no faltó mucho. El autor granadino había ido antes a estudiar a la capital alemana, en 1929, y se quedó un año. Volvió en el curso del año siguiente para casarse. Después realizó algunas escasas visitas al lugar de su primera estancia en Alemania.

El marco general de este ensayo puede sorprender hoy en día, porque presupone dos hechos: primeramente, que el Berlín de aquel entonces es significativamente diferente del Berlín de nuestros días (digamos del Berlín que vivió Jaime Cerrolaza la última vez en mi antigua casa de la Motzstraße); y en segunda instancia, que aquel Berlín de los años 1920 constituyó un espacio particular, muy diferente para el joven granadino.

En cuanto al primer aspecto, baste recordar las consecuencias devastadoras de la historia política alemana y de la capital del país a lo largo del siglo pasado. Berlín, el centro prusiano que apenas era más que una aldea brandenbúrguesa al inicio del siglo XIX, vive un desarrollo precipitado en los sectores administrativos y culturales a través de la industrialización (relativa) y del incremento funcional dentro de un “Deutsches Reich” (Imperio Alemán) nuevamente concebido por Bismarck. El proyecto futurista de Hitler de cambiar Berlín en «Germania», en la capital gloriosa, incommensurable con cualquier ciudad existente, afortunadamente no se realizó,

pero en su lugar siguió la historia del sufrimiento que había empezado durante y después de la primera guerra mundial.

El crítico estadounidense Mark Seltzer describe Berlín como la ciudad de las heridas, de las cicatrices¹. Estas son la expresión y la consecuencia de dos guerras atroces y de dos dictaduras muy diferentes, además de una ocupación de cuatro décadas.

El turista que llega hoy a la capital alemana se da cuenta de que es la capital más barata entre las que conoce. Por esto, Berlín, a pesar del carácter algo grosero y a primera vista poco acogedor de su población, le gusta al turista. Y le gusta también al estudiante español, pues resulta que entre todos los numerosos estudiantes que viajan hacia aquí en el marco del programa Erasmus, el grupo español es el más importante: a su vez, España es el país preferido de los estudiantes alemanes. Hoy día, cada futuro hispanista alemán y cada germanista español pasa una temporada en el país de su interés y considera la otra cultura en cierto grado como la suya. Para nosotros, no es fácil comprender la dimensión de alteridad y de riesgo que la “empresa alemana” tenía para Ayala; él mismo lo destaca:

Difícil será que nadie, hoy, pueda comprender lo que para un joven español de aquel entonces significaría el encuentro con Alemania y con Berlín que a mí me esperaba. Era como caer de repente en otro planeta. De igual manera que debía adquirir el dominio de una lengua completamente ajena, también necesitaba aprender las claves de un sistema de valores que en nada correspondía al propio. Pues, ciertamente, la desorganización social que en aquella nación industrializada había producido la guerra y consiguiente derrota dio lugar allí a un cuadro cuyos rasgos anticipaban los que ahora, en estas fechas, cincuenta años más tarde vienen a presentar los demás países del Occidente².

Mientras que al inicio del siglo XXI Berlín tiene una comunidad hispanohablante importante pero dispersa (los llamados “berlatinos”), el grupito hispánico de hace 75 años, aunque minúsculo, parecía estar unido y ser solidario contra la marea de prácticas sociales y costumbres tan extrañas. Sin embargo, la experiencia extraordinaria de la estancia en este mundo berlinés tan diferente ha dejado sorprendentemente pocas huellas en la obra de Ayala. Los únicos testimonios se encuentran en sus *Recuerdos y olvidos* (a los que deniega la etiqueta de una autobiografía), y se trata de reflexiones aisladas que no forman una descripción coherente de la capital alemana. A pesar de un cierto encanto, esta ciudad le parecía un lugar raro, “extraña”, que no logró grabarse en su memoria. Así lo confirma el mismo Ayala con motivo de un viaje posterior a Berlín:

¹ Cf. Seltzer, M.: «Berlin 2000: The image of an empty place», en: Ingenschay D./ Resina J. R. (eds.): *After-Images of the City*, Ithaca/N.Y.: Cornell Univ. Press 2003, 61-75.

² Ayala, F.: «Mí Berlín», en: Ayala, F.: *Recuerdos y olvidos*, Madrid: Alianza Editorial (Alianza Tres) 1988, 152-158, la cita: 154 s. Todas las citas de los recuerdos de Ayala se refieren a esta edición y se indican con título del ensayo y página.

De mis viajes repetidos a la Alemania de posguerra, ésa ha sido la única vez que fui a Berlín. Curiosamente, me pareció una ciudad por completo extraña. Curiosamente, fui incapaz de reconocer ningún paraje; lo cual –por mucho que las cosas hubiesen cambiado con la reconstrucción de la urbe– no deja de ser raro; y –más raro todavía– tampoco percibí ese algo más sutil, pero más penetrante y permanente: la atmósfera, el aire, el color, el olor, el sabor de la ciudad... Tan total desconocimiento sólo con otra ciudad, Barcelona, lo he padecido en mi vida. («Walter Pabst, salido del infierno», 436/437)

Dada la falta de entusiasmo por el desafío berlinés, uno se pregunta qué motivos impulsaron a Ayala a estudiar en Berlín. Otra vez, sus explicaciones, tal y como se pueden leer en «Hacia el mundo ancho» y en «La Europa deseada», suenan poco exaltadas, apenas personales: «La Meca de un joven universitario español que quisiera prepararse para la cátedra era en aquel entonces, con la mayor probabilidad, Alemania. En cuanto a esto, no vacilé ni por un instante.» («Hacia el ancho mundo», 146), y poco después reflexiona:

¿Qué era para mí Alemania?, me pregunto ahora. Era, por supuesto, el centro de la cultura vigente, reverenciada por mis maestros, era el hogar fecundo de tantas obras admirables y respetadas, de tantos sabios filósofos y científicos, los autores de los libros que se traducían en las colecciones patrocinadas, animadas, orientadas o dirigidas por Ortega; el centro de atracción intelectual donde todas nuestras miradas convergían. («La Europa deseada», 148)

Esta ya es la primera diferencia entre él y el grueso de los extranjeros que visitaron Berlín en la década de 1920: la misión de Ayala tenía un carácter exclusivamente intelectual, universitario. No sorprende que dedique un capítulo especial de los *Recuerdos y olvidos* a la universidad berlinesa, cosa que no hicieron ni Luigi Pirandello, entusiasta del teatro berlinés de la época, ni Christopher Isherwood, entusiasta de las tascas, ni ningún otro de todo el grupo importante de extranjeros del Berlín weimariano. El motivo común de la mayoría de estos viajeros internacionales era otro: vinieron seducidos por el ámbito liberal y algo decadente de la República de Weimar, buscando y aprovechando esa movida que se describe mejor con un anglicismo expresivo, los “roaring twenties”. Pero antes de abordar este aspecto, hace falta una breve retrospectiva al Berlín pre-weimariano.

2. De la ‘Atenas del Spree’ a la ‘Chicago del Spree’ – la cultura de los “roaring twenties”

A lo largo del siglo XIX, Berlín pasó de ser una aldea brandenburguesa y prusiana a constituirse en el centro del Reich, no obstante lo cual muchos intelectuales siguieron criticando su carácter netamente provinciano. Entre ellos destaca el escritor brandenburgés Theodor Fontane con su célebre frase: «Ay, Berlín, cuán lejos estás de ser una verdadera capital. La situación política te convirtió en ello de la

noche a la mañana, no tú misma»³. Después de las decisiones políticas de Bismarck, fue sobre todo la victoria en la guerra germano-francesa de 1870/71 lo que logró dar impulsos decisivos a la vida y al arte berlinés que, con la construcción de gran número de barrios populares y los nuevos adornos arquitectónicos en las esferas públicas y palaciegas, siguió floreciendo durante esta época que significativamente se llama «Gründerzeit» (época fundacional). El estilo neoclásico de Schinkel y otros arquitectos cambia el rostro de la capital, que precisamente por este nuevo carácter placentero pasó a apodarse «Spree-Athen» (Atena del Spree, en referencia a uno de los dos ríos que pasan por Berlín). Walther Rathenau, hijo de una familia judía de industriales, conocedor de arte, presidente de la empresa de electricidad AEG (y más tarde un político importante de la República de Weimar), publica en 1899 un largo ensayo en el que festeja al nuevo Berlín como «la ciudad más hermosa del mundo» (reed. en un vol. de 2002 del mismo título).

Sin embargo, un par de años después, el mismo Rathenau deja constancia de un cambio decisivo, cuando postula que la Atenas del Spree murió y que nació la Chicago del Spree⁴. Nace, insinúa Rathenau, la capital de la industria, de la especulación bancaria, y a la vez la ciudad ultramoderna que –aunque lejos de la Metrópolis futurista de Fritz Lang– es el lugar donde se despliega la cultura urbana, tal como Georg Simmel lo había previsto en su ensayo sobre “Las metrópolis y la vida espiritual” (*Die Großstädte und das Geistesleben*, 1903). La primera guerra mundial, con sus largos y duros años de hambruna para la población berlinesa, interrumpe el desarrollo del Spree-Athen, pero Berlín va a recuperarse durante los años 1920. Durante esos años Berlín llega por primera vez al nivel de la cultura metropolitana de alto nivel: se comparó la metrópoli prusiana con la capital del siglo XIX, París, y con la verdadera capital del siglo XX, Nueva York. Se definió la cultura específica de los años veinte, de estos “roaring twenties”, con su moda y sus bailes, que encontramos más o menos en todos los centros del mundo occidental. La forma berlinesa se caracteriza por oposiciones más pronunciadas que en otras metrópolis: a la diferencia implacable entre los ricos y los pobres después de la reforma monetaria de 1923 se une, antes de la crisis bancaria de Wall Street de 1929, la oposición de los bloques políticos de la izquierda radical y del fascismo creciente y combativo. La fascinación por la locura, la exageración, el exceso desesperado de estos años se refleja en un sinnúmero de testimonios que celebran esta cultura, y se fija en la memoria colectiva no sólo alemana sino también internacional mediante obras que van desde el musical Cabaret (basada en la novela Farewell to Berlin de Christopher Isherwood) hasta el intento enciclopédico alrededor de la cultura de los años XX de Hans-Ulrich Gumbrecht en su libro *In 1926*⁵. Larga es la lista de los autores extranjeros fascinados por esta capital que a paso de gigante pasó de aldea a metrópolis

³ Cita original: «Oh Berlin, wie weit ab bist du von einer wirklichen Hauptstadt. Du bist durch die politische Lage über Nacht dazu geworden, aber nicht durch dich selbst.» (Las citas originales [alemanas] se encontrarán en las notas, las traducciones al español en el texto son mías, DI).

⁴ “Spreeathen ist tot und Spreechicago wächst heran”, Rathenau W.: *Impressionen*. Leipzig 1902, 143.

⁵ Gumbrecht H. U.: *In 1926. Living at the Edge of Time*, Cambridge/Mass.: Harvard Univ. Press 1997.

hipermoderna, con su modernidad conflictiva entre el individualismo placentero y casi sin límites por un lado, y los gravísimos problemas sociales por el otro⁶.

Todo lo cual no nos debe hacer olvidar que también hubo historiadores culturales menos entusiastas. En su libro sobre la cultura de Weimar, el crítico germano-americano Peter Gay demuestra que se trata de una cultura más que precaria, un baile sobre un volcán⁷. Theodor W. Adorno, uno de los más agudos filósofos y críticos culturales de las últimas décadas, toma en un ensayo de 1961 una posición aún más escéptica frente a los logros de “aquellos años veinte” (tal su título, «Jene Zwanziger Jahre»): rechaza el culto idealizado de los “roaring twenties”, destacando que “los tiempos heroicos del arte nuevo se hallaron más bien alrededor de 1910”⁸. Los grandes inventos culturales (desde el cubismo a la música atonal) eran para él productos no de los años 20, sino de la primera década del siglo. El festejo mítico de Weimar se debe, según Adorno, a una “falsa interpretación de las técnicas de la cultura del consumo”⁹. Y a la cultura de Weimar, le reprocha contener la semilla del nazismo: «Aquellos fenómenos del retroceso en la educación, de la neutralización, de la paz de cementerio que comúnmente se suelen atribuir a la presión del nacionalsocialismo, ya se formaron en la República de Weimar y en general en la sociedad liberal de la Europa continental»¹⁰.

Cito a Adorno in extenso porque me parece que Ayala –a pesar de llamar a Alemania «fascinante y patética» (155)– comparte el escepticismo del pensador alemán más claramente que todos los otros representantes culturales extranjeros que visitaron Berlín en el umbral de la nueva década. Por su retraimiento distanciado se diferencia también de otro novelista extranjero (a quien atribuyo la creación del mito de los “roaring twenties”), escritor que el mismo Ayala menciona: del británico Christopher Isherwood. Ayala escribe:

¡Extraña ciudad, ese Berlín de aquel año! Muchos después, estando ya exiliado en Buenos Aires, había de caer en mis manos el *Farewell to Berlin*, la novela donde Isherwood lo describe. La lectura de este libro (...) suscitó en mi memoria imágenes muy intensas de aquella etapa de mi vida. Isherwood, un inglés de mi edad aunque de muy diferentes inclinaciones, estuvo allí al mismo tiempo que yo, y frecuentaría, sin duda, los mismos lugares sin que nunca nos encontrásemos –al menos yo no recuerdo haberlo conocido–. («Mi Berlín», 153)

⁶ En su colección de testimonios de autores extranjeros que visitaron Alemania, Oliver Lubrich relata las experiencias de Jean-Paul Sartre, Virginia Woolf, Albert Camus, Sven Hedin, Samuel Beckett, Christopher Isherwood y muchos más. Desafortunadamente no menciona a ningún viajero hispánico, cf. Lubrich, O.: *Reisen ins Reich. 1933 bis 1945. Ausländische Autoren berichten aus Deutschland*, Frankfurt/M.: Eichborn Verlag 2004.

⁷ Cf. Gay P.: *Weimar Culture. The Outsider as Insider*. New York 1970.

⁸ Theodor W. Adorno, «Jene zwanziger Jahre», en *Schriften* Bd. XIV/2, Frankfurt/M.: Suhrkamp 1972, 499-506., la cita: 499; (cita original: «...die heroischen Zeiten der neuen Kunst lagen vielmehr um 1910»).

⁹ Cita original: «Mißdeutung der «Techniken der Konsumkultur», *ibid.* 499.

¹⁰ Cita original: «Jene Phänomene der Rückbildung, der Neutralisierung, des Kirchhoffriedens, der man gemeinhin erst dem Druck des Nationalsozialismus zuschreibt, bildete sich schon in der Weimarer Republik, überhaupt in der liberalen kontinental-europäischen Gesellschaft heraus», *ibid.* 499.

A través de la fórmula diplomática de las «diferentes inclinaciones» Ayala alude a la homosexualidad de Isherwood, siendo la práctica homosexual la piedra de toque del famoso liberalismo de aquellos años locos. Para probarlo, baste echar un vistazo a un texto clave de la cultura berlinesa publicado en 1929, es decir durante la estancia de Ayala en Alemania: Berlín Alexanderplatz de Alfred Döblin. Allí se refleja el travestismo, fenómeno tan típico de los “roaring twenties”, y los primeros pasos de una cultura gay. Tampoco Ayala, el heterosexual, pudo sustraerse a aquel mundo loco de los travestis: «Lo primero que me chocó apenas llegado, ya en la Friedrich Strasse misma donde bajé del tren, fue ver a unas extrañas prostitutas que, como pude persuadirme por fin, estupefacto: sus andares, su corpulencia, la barba bien rasurada azulejando bajo el maquillaje, no eran tales mujeres, sino unos travestistas haciendo la carrera». («Mí Berlín», 152/153)

Gregor Ziolkowski, uno de los pocos críticos alemanes que se dedicaron a Ayala, considera este acontecimiento como una experiencia clave:

Apenas arribado a la estación de trenes Friedrichstraße, ve los primero travestis de su vida. La experiencia de apertura no podría haber sido mayor. El joven de la España aislada y regida por una dictadura (...) hace su entrada en un mundo que le señala que todo, pero todo, es tal vez sólo una cuestión del punto de vista, de la propia responsabilidad»¹¹.

El contacto con este “demi-monde”, supongo, habrá sido menos chocante para Christopher Isherwood, quien debe haber conocido a uno u otro de estos “travestistas” más de cerca. Él – Isherwood – tenía su modesta residencia en el 17 de la Nollendorfstraße del barrio de Schöneberg, que ya en aquel entonces era el centro de la cultura gay y lesbiana. Al lado se ubicaba el legendario café Eldorado, donde Marlene Dietrich se mezclaba entre las chicas muy de “garçon” y los chicos demasiado finos.

3. Dos centros de Berlín: El Kurfürstendamm en el oeste, el Alexanderplatz en el este

No se sabe dónde se alojó Ayala en 1929, pero es poco probable que fuera vecino de Isherwood. Cuenta Ayala que después de su llegada tomó residencia en la casa particular de un rico médico judío. Esta capa social solía vivir en Charlottenburg, cerca del castillo berlinés de los reyes prusianos, o bien en Wilmersdorf, con sus imponentes mansiones de la “época fundacional” de finales del siglo XIX y sus

¹¹ Ziolkowski, G.: “Blick aus dem Hinterzimmer der Macht. Francisco Ayala, *Wie Hunde sterben*”, reseña en Deutschlandradio www.dradio.de/dkultur/sendungen/kritik/478965/ del 9 de diciembre de 2008. Cita original: «Kaum ausgestiegen am Bahnhof Friedrichstraße, sieht er die ersten Transvestiten seines Lebens. Das Öffnungserlebnis hätte größer kaum sein können. Der junge Mann aus dem abgeschotteten, dabei diktatorisch regierten Spanien (...) betritt eine Welt, die ihm signalisiert, dass alles, aber auch alles, vielleicht nur eine Frage des Standpunktes, der eigenen Verortung ist.»

caserones estilo “Jugendstil” (el modernismo alemán). No, con toda seguridad, en Schöneberg, donde los gays tenían que convivir con funcionarios de clase media, profesores de colegios y militares jubilados. Ayala debe haber vivido más cerca del legendario Kurfürstendamm –“Ku-Damm” en la jerga descuidada berlinesa– gran eje transversal en la parte oeste de la ciudad. El mismo Bismarck apoyó el proyecto de construir una avenida prestigiosa de casi 60 m de anchura y que debía unir la frontera oeste del centro, el Lützowplatz, con las aisladas aldeas del Halensee, según el modelo de la Avenida del Bois de Boulogne en París. Hasta el inicio del siglo XX, el Ku-Damm siguió siendo una zona residencial de mansiones impresionantes, pero sin locales comerciales. Es, además, el primer ejemplo de la especulación inmobiliaria, dado un auge de 600% del precio de los solares en un año. La larga y variada historia de esta avenida – antes, durante y después de los “roaring twenties” – puede ser leída en una detallada documentación de Regina Stürickow. Un capítulo de su libro está dedicado a una especialidad berlinesa que Ayala debía conocer: la cultura de los numerosos nuevos cafés. Fundados en gran parte durante la época de la pre-guerra, se volvieron a lo largo de los años 1920 lugares emblemáticos del intercambio cultural, de la atmósfera abierta de Weimar y de la vida práctica de una nueva camada de intelectuales, artistas y escritores¹².

Entre los cafés destaca el Romanisches Café frente a la Gedächtniskirche, frecuentado por “todo el Berlín” de la época: ahí se reúnen, juntamente con la masa de los desconocidos con anhelo literario y cultural, Max Brod y Kurt Tucholsky, el crítico E.E. Kisch, el compositor Friedrich Hollaender y el escritor Erich Kästner. Este último lo describe como la “sala de espera de los talentos” («Wartesaal der Talente») en un artículo de 1928 publicado por la *Neue Leipziger Zeitung* («Das Rendezvous der Künstler», NLZ del 26.4.1928). Sin embargo, no hay ninguna prueba de que Ayala haya visitado ni mucho menos frecuentado este lugar que entre tanto ha dejado de existir (en su lugar se construyó hace 40 años el aburridísimo Europa-Center, uno de los muchísimos pecados arquitectónicos de la postguerra).

Hubo otros cafés que formaron parte de la memoria colectiva del Berlín weimariano: el Café Größenwahn (hoy en día Café Kranzler), el Café des Westens y el Café Möhring (que todavía existe, aunque en otro lugar). También Ayala y su grupo de “berlatinos” solían reunirse en un café, en su caso el Wiener Café (o Wiener Konditorei), como Ayala apunta en *Recuerdos y olvidos*:

Para Berlín había ido provisto [...] con cartas de presentación que me permitieran integrarme en el ambiente estudiantil, y lo hice sobre todo a través de los grupos de lengua española que, no siendo demasiado numerosos, constituían una especie de conglomerado solidario, con punto de reunión y tertulia semanal en un café, la Wiener Konditorei, de Kurfürstendamm, donde los sábados concurríamos estudiantes de diversas especialidades y procedentes de países diversos, periodistas, algún que otro antiguo residente, algún que otro ocasional viajero... («Mi Berlín», 154)

¹² Stürickow, R.: *Der Kurfürstendamm. Gesichter einer Straße*. Berlín: arani-Verlag 1995.

El Wiener Café, aunque menos famoso que el Romanisches Café, también era un lugar conocido y en boga que ha dejado de existir. Se describe su interior como formación de tres salas comunicantes, y en cuanto al público, Regina Stürickow, la historiadora del Ku-Damm, cuenta que «el observador contemporáneo encontraba todo lo que albergaba el Berlín occidental»¹³. Así, el observador hubiera podido encontrar a don Francisco.

Sin embargo, no es en el Wiener Café donde éste encontró a las hermanas Silva Vargas, sino más bien en la universidad berlinesa de la parte oriental de la ciudad. Los presentó Emil Gamillscheg, director del Instituto de Filología Románica –mi instituto–, y actuó de testigo de boda cuando Ayala se casó con Etelvina (Nina) Silva el año siguiente.

Cuando en él maduró el proyecto de casarse, Ayala tuvo que ahorrar dinero y decidió mudarse de su habitación cerca del Ku-Damm a un lugar más barato. De sus descripciones podemos concluir que pasó del oeste burgués al este proletario, a uno de los barrios más pobres, donde residían los inmigrantes rusos y polacos (y muchos judíos entre ellos). Mi colega germanista Erhard Schütz, gran especialista en Berlín como tema de la literatura alemana, explica que el Ku-Damm del oeste y el Alexanderplatz (el ‘Alex’) del este eran los dos polos opuestos, y que entre ellos se establecía la tensión interna del Berlín de los años 1920¹⁴. Una década antes se habían acabado los trabajos de reforma en la avenida Unter den Linden, un proyecto del prestigioso arquitecto Schinkel. El gran desafío del urbanismo al final de los años 20 era la reforma del barrio y de la estación de Alexanderplatz, que transformaron a éste último en el símbolo de una modernidad radical y enajenada que como tal dio título a *Berlin Alexanderplatz*, la estupenda novela de Alfred Döblin que se publicó el mismo año que Ayala pasó aquí. Volveré a Döblin en un rato; antes quería comentar la relación que Ayala tenía con la universidad berlinesa.

4. Ayala y la universidad berlinesa

La profusión y la extensión de notas sobre la universidad berlinesa, ante todo el capítulo «La universidad alemana» en *Recuerdos y olvidos*, muestra que el interés de Ayala por la atmósfera universitaria lo hace diferente a todos los demás ‘viajeros’ de la época. El joven español que había venido a estudiar Derecho Político y Constitucional en Berlín toma los cursos con catedráticos de renombre como Heinrich Triepel (Derecho público / Derecho privado, recomendado por Pérez Serrano) y Hermann Heller, socialdemócrata que más tarde tuvo que huir del régimen de Hitler y murió en España (su tumba se encuentra en el cementerio madrileño del este).

¹³ Stürickow, R., op. cit., 101 (Cita original: «Hier traf der zeitgenössische Beobachter alles, was das westliche Berlin beherbergte.»)

¹⁴ Schütz, E.: «Zwischen Alexanderplatz und Kurfürstendamm. Verändern, Verschwinden, Vergessen – Berlin-Topoi der Weimarer Republik», en *Der Deutschunterricht* 44 (1992), 53-67. Agradezco al colega Schütz sus útiles indicaciones.

Pero al lado del derecho y de la política, Ayala tenía – en vísperas de su carrera suplementaria de escritor – un interés particular por las letras que lo llevó a establecer contacto con la Facultad de Romanística de la Universidad:

Aunque mi carrera y los estudios que me proponía hacer en Alemania pertenecían a las ciencias político-sociales, ya estaba preparándome para optar a una cátedra en la Facultad de Derecho, mi otra carrera, la carrera de escritor a que mis más hondas propensiones me empujaban, había de llevarme, era inevitable, a ingresar en el círculo del Romanisches Seminar dirigido por el profesor Ernst Gamillscheg, persona excelente con quien mantuve un trato agradable que llegaría a términos de verdadero afecto. Allí hice amistad también con Walter Pabst (...), muchacho de mi misma edad, cuya tesis de doctorado había sido un admirable estudio sobre la creación gongorina (...).

El profesor Gamillscheg solía organizar reuniones sociales a donde, invitados por él en tandas diversas, concurrían muchos de los estudiantes hispanoparlantes de la Universidad berlinesa.» («La universidad alemana», 161)

En una de estas reuniones, Ayala debe haber conocido a Etelvina Silva, y Gamillscheg acabó siendo el testigo de la boda. Vale aclarar que la misma no fue nada fácil, pues faltaban los papeles de ella. Al final los casó un cura español pues – en palabras de don Francisco – «sus papeles no habían llegado y sin ellos sólo la compleja, sabia y flexible discreción de Nuestra Santa Madre era capaz de recibirnos al sacramento sin las pruebas documentales» (166). Después de su temporada de estudios en 1929/30 y la subsiguiente visita con motivo de su boda en 1931, Ayala volvió dos veces a Berlín. La primera después de 1933, aprovechando un congreso en Viena para hacer una escapada a Berlín, donde Gamillscheg lo había invitado a dar una charla. Durante su primera estancia en Berlín Ayala había publicado algunos artículos en *El Sol y otros* (entre ellos uno titulado «Nacional-socialismo») en Política. Revista mensual de doctrina y crítica, una revista española recientemente fundada. Estos artículos críticos no habían pasado desapercibidos a las autoridades nazis. Ayala relata:

Anunciada mi conferencia, que debía versar sobre no sé qué tema literario, el Ministerio de Relaciones Exteriores, la renombrada Wilhelmstrasse, llamó al profesor para decirle que tal conferencia no debía tener lugar porque yo había escrito ... un artículo en el que no miraba con simpatía la idea del Anschluss, es decir, la anexión de Austria proyectada por el Führer. (...) Pero Gamillscheg se las tuvo tiesas con el Ministerio e insistió en que, habiéndome invitado oficialmente, él no podía, ni quería, cancelar el acto con pretexto alguno. Conviene advertir que mi amigo pertenecía por su filiación política a la derecha: era de familia católica, y hasta creo que su mujer tenía un título nobiliario. Gamillscheg, a quien la preocupación y rabia le salía[n] a la cara, me advirtió de lo que ocurría; pero aunque yo declaré con vehemencia que desistía de lo que al fin y al cabo iba a ser una charla anodina, él se puso firme: no quería dar la sensación de doblegarse. («Me asomo a la Alemania nazi», 190)

El grupo de policías que vigilaban la entrada del aula prevista dejaron entrar, después de conversar un rato con Gamillscheg, a Ayala y a la pareja Gamillscheg,

pero no al público, de manera que la charla no pudo tener lugar. Más que este acontecimiento, Ayala sufrió la falta de confianza dentro de la misma familia, pues los Gamillscheg le pidieron no hablar de política en presencia de sus hijos. Desde la distancia histórica es difícil juzgar estos episodios. Ayala declara que Gamillscheg es «persona excelente» y menciona, como hemos visto, su posición políticamente derechista. De hecho, según los datos de una publicación sobre la universidad berlinesa durante la época nazi, Gamillscheg no era socio del partido nazi, pero tenía la fama de ser «amigo del régimen» y a partir de 1940 participó en las llamadas actividades bélicas de los romanistas con un proyecto sobre «La civilización germana en Francia»¹⁵. Sin embargo, un colega mío, catedrático de lingüística en la República Oriental Alemana y jubilado desde muchos años, recuerda que Gamillscheg utilizó la buena relación que tenía con las autoridades nazis para facilitar los doctorados de algunos alumnos judíos (la pareja Kahane y Malkiel), a quienes ayudó a huir del país. Después de la guerra, Gamillscheg obtuvo la cátedra de lingüística en la Universidad de Tubinga en el sur de Alemania y no volvió a la universidad berlinesa. Otra vez, estas informaciones parecen confirmar las frases prudentes de Ayala.

Entre las personas con las que trabó amistad estaba, como hemos visto en una de las citas anteriores, el romanista/hispanista Walter Pabst, de su misma edad. Cuando retornó por segunda vez a Berlín, Ayala visitó a este amigo de la primera hora. Durante los desasosiegos de la guerra y del exilio, los dos se habían perdido de vista por un tiempo, de manera que –en el proemio de *La cabeza del cordero*– Ayala habla de este «excelente amigo cuya suerte ulterior ignoro» («Walter Pabst, salido del infierno», 435). Cuando Ayala conoció a Pabst, éste era un joven investigador que preparaba su tesis de doctorado sobre «La creación gongorina» en la Universidad Berlinesa o Friedrich-Wilhelms-Universität. Esta universidad sería la única hasta el año 1948, cuando con el apoyo de los Estados Unidos se fundó la Freie Universität o Universidad Libre en el barrio occidental de Dahlem. Esta segunda casa de estudios surgió como reacción a la creciente ocupación marxista-leninista de la universidad situada en el sector soviético de la ciudad, que sólo entonces adoptó el nombre Humboldt para recordar a los hermanos patrocinadores de su fundación en el siglo XIX. Después de la guerra y terminados sus exámenes, Walter Pabst obtuvo un puesto en la universidad de Hamburgo y finalmente fue nombrado catedrático en la nueva Universidad Libre, en el oeste de Berlín. Ahí, Ayala se reúne con Pabst y su familia. Ayala resume:

Pocos años después (...) nos reuniríamos, ahora en Berlín, en el Berlín donde nos habíamos conocido y hecho amigos durante nuestra juventud. Ahora era él profesor de literatura española e italiana y jefe del departamento en la Universidad de la zona occidental; y esta vez sí, pudimos hablar con sosiego en su casa. Fue menester una larga plática para que me contase sus pasos en distintos círculos del Infierno. (...)

¹⁵ Cf. Bott, M.-L.: «‘Deutsche Slavistik in Berlin?», en: Bruch, R. vom (ed.): *Die Berliner Universität in der NS-Zeit*, vol. II: Fachbereiche und Fakultäten, Berlin: Franz Steiner Verlag 2005, 275-298.

De mis viajes repetidos a la Alemania de posguerra, ésa ha sido la única vez que fui a Berlín. («Walter Pabst, salido del infierno», 436)

En los archivos de la Universidad Humboldt, donde estudió Ayala y donde yo tengo la cátedra de literaturas hispánicas desde 1995, no quedan huellas de la visita de don Francisco. Me parece sintomático que la única vez que tuve el placer de encontrarle dentro de Alemania, haya sido en Colonia en 1992, lejos de este Berlín que nunca ha sido una verdadera patria para el gran novelista e intelectual.

5. El acoso del nazismo

Entre las líneas de los *Recuerdos y olvidos* se lee y se ve la posición crítica que Ayala tenía frente al nazismo, y sus artículos políticos escritos durante su estancia de 1929/30 dan testimonio de que él se consideró un testigo inmediato y alerta de aquellos años difíciles, años de gravísimos problemas sociales, de millones en paro, susceptibles a la ideología y a las promesas del malintencionado nazismo. Ayala es sin duda uno de los autores que intuyeron el peligro del nazismo creciente, como también Döblin e Isherwood. Mientras éste último vislumbra el antisemitismo radical en ciernes, Döblin muestra en *Berlin Alexanderplatz* la alta conflictividad entre los grupos extremos, y sobre todo la aparición del terror de los grupos de acción nazis como el Stahlhelm y la SS. A nosotros, esta presencia de un espíritu peligroso y engañoso nos parece tan obvia que apenas podemos pensar en autores que parecen haber cerrado los ojos. Entre los que no vieron la amenaza nazi destaca el francés Jean Giraudoux. En misión diplomática y coche reforzado, vivió un Berlín muy sano, deportivo y ejemplar que describió después en su libro *Rues et visages de Berlin*. Su chofer no le enseñó, al parecer, los patios traseros de las casas pobres en Wedding y otros barrios obreros, con sus apartamentos oscuros y sin baño¹⁶. A juzgar por las palabras de Ayala, a finales de los años 1920 no se podía prever el desarrollo político en forma concreta:

Mi ida a Alemania había sido seis años antes, en 1929, llegando a la República de Weimar cuyo final nadie hubiera sospechado tan próximo. Sólo leves barruntos podían percibirse entonces. El nacionalsocialismo brotaba entre la maleza de varios otros movimientos extravagantes (yo pude presenciar el desfile de un grupo anarquista marcando el paso con música y bandera); y eran todavía tan tenues esos barruntos que – según entiendo – la primera noticia, y advertencia, publicada en España acerca del fenómeno que no tardaría en asombrar, aterrorizar y sacudir al plantea en que vivimos fue un artículo mío perdido en las páginas de una nueva revista – Política era su título... («Hacia el mundo ancho», 147)

¹⁶ Sobre el papel y la posición de Giraudoux cf. Hassauer, F.: «Stattersatz Berlin 1930, Jean Giraudoux: Rues et visages de Berlin», en: Ingenschay, D. / Buschmann, A. (eds.), *Die andere Stadt. Großstadtbilder in der Perspektive des peripheren Blicks*. Würzburg: Königshausen & Neumann 2000, 72-88.

Por cierto que Ayala, el primer español en advertir del peligro nazi, cuenta entre los autores sensibles a los asuntos políticos, lo que prueban sobre todo sus ensayos periodísticos de aquellos tiempos. Vamos a ver si esta posición crítica se refleja en sus relatos.

6. Los reflejos literarios de la estancia en Berlín en «Erika ante el invierno» y «San Silvestre»

En cuanto a la obra narrativa de Ayala, los reflejos de los años berlineses se limitan a los dos cuentos «Erika ante el invierno» y «San Silvestre»¹⁷. Ambos relatos son bonitos y típicos de su época, pero carecen de un valor testimonial, como admite el mismo Ayala:

De mi experiencia berlinesa hay tan sólo dos ecos directos y expresos en mis escritos narrativos, y esos dos bastante separados entre sí por un largo lapso. El primero es la narración «Erika ante el invierno», redactada a raíz de mi regreso, y última perteneciente a mi etapa vanguardista. El otro es «San Silvestre», fechado en 1966. Ninguno de ellos refleja en su argumento hechos de mi biografía; es el ambiente y sus repercusiones sentimentales lo que he procurado capturar en maneras literarias tan disímiles... («Mi Berlín», 153)

Sin poder interpretar en el marco de este artículo en homenaje de Jaime Cerrolaza ambos textos como lo merecen, quisiera plantear la cuestión de su carácter ‘berlinés’. El primer relato cuenta en imágenes expresivas algunas vicisitudes en la vida de la joven Erika, hija de la familia de comerciantes Schmidt. Se habla entre otras cosas de su bicicleta y de sus fantasmas masculinos, todos ellos casualmente llamados Hermann. Al primer Hermann, un chico vecino que se burla de ella, lo ve un día con sombrero hongo. En la segunda parte, conoce en el autobús a un joven con sombrero hongo, Hermann de nombre. Con él se da cita para el próximo domingo en una tasca de baile con el nombre inexorablemente teutón de Selva Negra, donde resulta que no está segura de reconocerlo. En la quinta parte del relato, Erika se va a esquiar con sus amigos Frieda, Bruno y Trude, y muere en un accidente...

Los rasgos cardinales y típicamente modernistas (hasta el cadáver en su hermosa y blanca ropa) y la técnica cinematográfica han sido comentados por José del Pino y otros. En el club o bar, la saca a bailar «un judío escarolado», referencia a las categorías sociales del Berlín weimariano. Hermann “el segundo”, al que Erika conoce en el bus, lleva no sólo el sombrero hongo, sino también la cartera sobre sus rodillas. Prototipo del arte costumbrista berlinés de los años 20, la imagen corresponde al «Angestellter» o empleado, minúscula ruedita anónima en las máquinas administrativas del nuevo sistema. A tal punto anónimo, que es probable que Erika

¹⁷ «Erika ante el invierno» se cita según la edición del cuento en Francisco Ayala, *El hechizado y otros cuentos*. Madrid: Editorial Magisterio Español 1972, 71-84. «San Silvestre» según Francisco Ayala, *Cazador en el alba y otras imaginaciones*. Barcelona: Seix Barral 1971, 197-205.

no vuelva a reconocerlo. Estos empleados se volvieron emblemáticos del Berlín de los años 20 a través del libro de Siegfried Kracauer titulado precisamente *Die Angestellten* o *Los Empleados*, y también a través los hombres con sombrero hongo y cartera presentes en la pintura de George Grosz.

¿Qué más sería “lo berlinés” de la historia de Erika? ¿La letra gótica, el exotismo del nombre de una tasca que se llama Selva Negra, las salidas diarias del carnicero Mayer a tomar cerveza? Con un poco de fantasía se puede ver aquí al Berlín de capas modestas, no intelectuales, pero tampoco esto es seguro. Esquí no es un deporte típicamente berlinés, ciudad que queda en la llanura. La atmósfera es más bien irreal, como de cuento de hadas, con unos toques “germanizantes” que no tienen relación directa con la realidad urbana de la metrópolis de los años 1920.

La situación no es muy diferente en el relato «San Silvestre», escrito en 1966. La diferencia cardinal es que esta vez el cuento tiene índices de carácter autobiográfico. «Veníamos de tierras cálidas, secas, quemadas, ásperas, y para la mayor parte de nosotros aquél era nuestro primer año de estudiantes en el extranjero» (197), se lee al principio, lo cual nos remite directamente al grupo de hispanoparlantes que se reunía en el Wiener Café, tal y como lo describe Ayala en *Recuerdos y olvidos*. Cabe aclarar, sin embargo, que el inventario de personas no es el mismo, pues ni el peruano Zaldívar ni el viejo marqués de Saint-Denis ni otros personajes del cuento coinciden con las personas mencionadas en los textos autobiográficos.

Durante la noche de San Silvestre, dice el relato en su redundante frase inicial, «había licencia para todo, todo estaba permitido». Así, esta ficción construye desde el inicio una tensión erótica a través de una adjetivación contrastante – las «tierras reseca» por un lado, el «país húmedo, verde y misterioso, selva de maravillas» por el otro. Lo que buscan los latinos se concentra en una palabra: «las mujeres,... cuyas miradas ... emitían promesas inequívocas» (197). Sin problema podemos reconocer de trasfondo el Berlín permisivo de los “roaring twenties”. Hay otras descripciones que dan testimonio de ciertos prejuicios “étnicos”, cuando Ayala habla de un «estudiantón» alemán amigo suyo, o cuando describe una mujer que conoce en Berlín como «walkiria casi albina» (201).

Sin embargo, los ecos son vagos. La tasca de baile tiene nombre en el relato, se llama Franziskaner-Keller, y se menciona un tal Café Bavaria. Existe hoy una especie de discoteca llamada Franziskaner en la calle Dresdner, pero no es un lugar tradicional y no existía en los años 20; nunca existió, ni hoy ni en el pasado, ningún Café Bavaria en estas tierras prusianas. No cabe duda que el relato presenta una atmósfera “germánica”, empezando ya por las palabras alemanas que enmarcan la acción: la «Sylvesternacht» al inicio y el «Glückliches Neujahr» (feliz año nuevo) que le dicen al narrador las mujeres de la limpieza cuando se despierta el día siguiente debajo de una de las mesas de la tasca. Pero los detalles indican más bien una tasca bávara, un “Bierkeller” (cervecería) estilo Múnich, y nada berlinés.

Los ecos y las huellas de la estancia de Ayala en Berlín se ven, según mi parecer, en un campo diferente. Sin este tiempo en Alemania, Ayala no hubiera podido hacer su traducción de la *Teoría de la Constitución* de Carl Schmitt, ni de los textos literarios de Rilke, Thomas Mann y Kafka. Le hubiera faltado una dura escuela de estilo, y años tan ricos en experiencia humana.